VIII

Quedóse la señora un rato suspensa, el pensamiento lanzado en persecución del misterioso porvenir, la mirada perdida en el horizonte, que ya empezaba á teñirse de púrpura con el descenso del sol entre nubes. El labio inferior marcó, con casi imperceptible vibración, el encabritarse de la voluntad. Si era preciso seguir luchando, á luchar sin tregua; las condiciones de la pelea y la disposición del campo serían sin duda alguna muy distintas.

«Ya es tarde. Debemos marcharnos.

—¿Va la señorita en coche?

—Bien podría hoy volver en simón, y mis pobres piernas lo agradecerían; pero no me atrevo. Tanto lujo pondría en cuidado á Rafael. Iremos en el coche de San Francisco... *(Llamando.)* Rafael, hijo mío, que es tarde... *(Yendo hacia él risueña.)* Qué? ¿Habéis tomado ya toditas las trincheras? De fijo no quedará un moro para contarlo.

—Estábamos—dijo el héroe de Berbería levantándose,—en los mismísimos Castillejos, cuando D. Juan Prim...

—Allí murió nuestro primo Gaspar de la Torre-Auñón, capitán de artillería—indicó Rafael, volviendo el rostro hacia donde sonaba la voz de su hermana.—Es la gloria más reciente de la familia. ¡Dichoso él!... Con que... ¿nos vamos ya?

—Sí, hijo mío.

—Pues... paso redoblado... ¡Marchen!

En aquel momento salió de su taller el pirotécnico, todo tiznado, las manos negras de andar con pólvora, y saludó cortesmente. Mientras Rafael le hablaba del negocio de cohetes, y él maldecía la crísis industrial que afectaba toda la fabricación de fuegos, haciendo hincapié en la poca protección que daban los Ayuntamientos y Corporaciones á industria tan brillante y á diversión tan instructiva para el pueblo, Bernardina, tomándoles la delantera, acompañaba á su ama hasta el boquete de entrada. «¿Llevo mañana las gallinas?

—No, todavía no. Me llevarás, de las carnicerías de Tetuán, una buena lengua para poner en escarlata...

—Bien.

—Y un buen solomillo.

—¿Quiere chorizo superior... de Salamanca?

—Ya hablaremos de eso.

El polvorista, que se lavó las manos en un santiamén, salió á darles convoy hasta más abajo del Depósito de Aguas. Desde allí á su casa, solitos y agarrados del brazo, tardaron

los dos hermanos media hora, que á ella le pareció larga por la prisa que de llegar tenía, y á él, por la razón contraria, corta.

Ni Donoso ni Torquemada faltaron aquella noche, siendo muy de notar en éste la turbación, el no saber qué decir, ni qué cara poner. Ni media palabra pronunció sobre el grave proyecto, pues D. José había encargado á su amigo un silencio prudente sobre aquel arduo punto. Tiempo había de explicarse. Mostróse Rafael seco y glacial en todo el tiempo de la tertulia; pero sin permitirse ninguna inconveniencia. Fidela evitaba el mirar cara á cara á D. Francisco, que no la quitaba ojo, congratulándose en su fuero interno de aquel casto rubor de la interesante joven, á quien ya tenía por suya. Hacia la mitad de la velada, el novio fué perdiendo su cortedad; se soltaba, decía cuchufletas, echándoselas de hombre locuaz y que sabe perfilar las frases. Advirtieron todos en él un recrudecimiento de palabras finas, aprendidas en los días últimos, y lanzadas ya en el torbellino del discurso con la seguridad que sólo da una larga práctica. Sus amaneramientos de lenguaje saltaban á la vista: si había que manifestar algo del objeto ó fin de una cosa, decía *el objetivo*, y en corto tiempo infinidad de *objetivos* salieron á relucir, á veces con dudosa propiedad, verbigracia: «No

sé para qué riegan tanto las calles, pues si el *objetivo* es que no haya polvo, *lo que procede* es barrer primero... Pero nadie como nuestro *Municipio* (jamás decía ya el *Ayuntamiento*) para *tergiversar* las operaciones.» También reveló un tenaz empeño de que se supiera que sabía decir *por ende, ipso facto*, los *términos del dilema*, *bajo la base*. Esto principalmente le cautivaba, y todo lo consideraba *bajo* tales ó cuales bases. Notaron asimismo las dos damas que iba adquiriendo soltura; como que al despedirse, lo hizo con cierta gallardía, y Cruz no pudo menos de congratularse de tales progresos. Algo dijo á Fidela, en el momento de salir, que no desagradó á ésta: era una galantería que sin duda le había enseñado Donoso. En la cara de éste se veía retozar el gozo, sin duda por la satisfacción de aquella conquista por él dichosamente realizada. Había cogido á la fiera con lazo, y de la fiera hacía, con sutil arte de mundo, un hombre, un caballero, quién sabe si un personaje.

Cuando Cruz y Fidela se quedaron solas, después de acostado Rafael, picotearon sobre lo mismo, y la hermana mayor dijo, entre otras cosillas: «¿Verdad que es cada día menos ganso? Esta noche me ha parecido otro hombre.

—También á mí.

—El roce, la conciencia de su nueva posición. ¡Ah! el hecho de alternar con nosotras obliga, y él no es tonto y procura instruirse. Verás como al fin...

—Pero, ¡ay!—observó Fidela con profunda tristeza.—Rafael no transije. ¡Si vieras lo que me ha dicho ahora cuando se acostaba...!

—No quiero saberlo. Déjame á mí, que yo le aplacaré los humos... Acuéstate, y no pensemos en dificultades, porque se vencerán todas, todas. Lo digo yo, y basta.

Muy inquieto estuvo Rafael toda la noche; tanto, que oyéndole rezongar, levantóse Cruz, y descalza se aproximó á su lecho. Él fingía dormir sintiéndola acercarse, y la dama, después de un largo acecho, se retiró intranquila. Al siguiente día, mientras Fidela le peinaba, el ciego, nervioso, mascullaba palabras, y á cada instante quería ponerse en pié.

«Por Dios, estáte quietecito: ya te he clavado dos veces el peine en las orejas.

—Díme, Fidela, ¿qué significan estas entradas y salidas de Bernardina? Llegó esta mañana temprano, cuando yo no me había levantado aún, salió, volvió á entrar, y así sucesivamente. Ahora entra por quinta vez. Parece que lleva y trae no sé qué... ¿Qué recados son estos? ¿Qué ocurre?

—Hijo, no sé. Bernardina trajo una lengua.

—¿Una lengua?

—Sí, para ponerla en escarlata... Y á propósito, hoy comerás un bistec de solomillo riquísimo.

—Sin duda la abundancia reina en la casa—dijo Rafael con sarcasmo.—¿Pues no sosteníais ayer que la situación es tal, la escasez tan horrible, que no nos queda más remedio que entrar en un asilo? ¿Cómo me compaginas el pedir limosna con la lengua escarlata?

—Toma: nos la regala Bernardina.

—¿Y el solomillo?

—¡No sé!... ¿Pero á tí qué te importa?

—¿Pues no ha de importarme? Quiero saber de dónde vienen esos lujos que se han metido tan de rondón en esta casa de la miseria vergonzante. Ó no sabéis lo que es dignidad, ó tendréis que declarar que os ha caído la lotería. No, no vengais con componendas: esos son los *términos del dilema*, como diría la bestia, que anoche se traía una de *dilemas* y de *bases* y de *objetivos* que daba risa... Por cierto que no tendréis queja de mí. He respetado á vuestro mamarracho, y no he querido desmandarme en su presencia. Si lo hiciera, me pondría á su nivel. No; mi buena educación jamás medirá armas con su grosería villana.

—Por Dios, Rafael—dijo Fidela sofocadísima.

—No, si no puedo hablar de otra manera tratándose de ese hombre... Cuando se marcha, el olor de cuadra que deja tras sí parece que lo mantiene en mi presencia. Antes de llegar, cuando sube la escalera, ya le anuncia el olor de cebolla.

—Eso sí que no es verdad. Bah... no digas desatinos.

—Si yo reconozco que vuestro jabalí procura echar pelo fino, y va aprendiendo á ser menos animal, y adquiere cierto parecido con las personas. Ya no escupe en el pañuelo, ya no dice *por mor* ni *mismamente*; ya no se rasca la pantorrilla; que yo sin verlo, sentía un asco... y el ruído de sus uñas me ponía nervioso, como si sobre mi carne las sintiera. Reconozco que hay progresos. Buen provecho para tí y para Cruz. Yo no le acepto ni en basto ni en fino, y la puerta que se abra para darle entrada en casa, se abrirá para darme á mí salida... ¡Qué quieres, soy así! No puedo volverme otro. No he olvidado á mi madre: la tengo aquí... y ella te habla conmigo... No he olvidado á mi padre: le siento en mí, y esto que digo, lo dice él...

Fidela no pudo contener su emoción, y se echó á llorar, sin que con esto se aplacara el ciego, que más excitado con los gemidos de su hermana, siguió atosigándola en esta forma:

«Podrán Cruz y tú hacer lo que quieran. Yo me separo de vosotras. Mucho os he querido y os quiero; me será imposible vivir lejos de tí, Fidela, de tí, que eres el único encanto de esta vida mía, rodeada de tinieblas, de tí que eres para mí la luz, ó algo parecido á la luz que he perdido. Me moriré de pena, de soledad; pero jamás autorizaré con mi presencia esta degradación en que vais á caer.

—Cállate, por Dios... No se hará nada... Le diremos que se vaya al infierno con sus millones. Para vivir, yo me pondré de costurera, mi hermana entrará á servir en casa de algún señor sacerdote ó persona grave... ¿Qué importa? Hay que vivir, hermanito... Nos rebajaremos. ¿También eso te enoja?

—Eso no: lo que me subleva es que querais introducir en mi familia á esa asquerosa sanguijuela del pobre. Esto envilece, no el trabajo honrado. ¡Si yo tuviera ojos, si yo sirviera para algo...! Pero el no servir para nada, el ser una carga y un estorbo no me priva de la dignidad, y otra vez y otra, y ciento y mil, te digo que no cedo, que no consiento, que no me da la gana de entregarte á la bestia infame, y que si persistís, yo me voy á pedir limosna por los caminos...

—¡Jesús, no digas eso!—exclamó espantada la joven corriendo á abrazarle.

Afortunadamente, Cruz no estaba en casa. Cuando entró, ya la crísis había pasado, y Rafael, quieto y silencioso en el sitio de costumbre, aguardaba su almuerzo.

«¡Si supieras qué cosita tan buena te he traído!—le dijo Cruz, todavía con la mantilla puesta.—¿A que no aciertas?

El almuerzo, preparado por Bernardina, estaba ya listo, y se lo sirvieron afectando una alegría que en ambas era la más dolorosa mueca que es posible imaginar. Comió Rafael con mediano apetito el sabroso y tierno bistec; pero cuando le presentaron la golosina, traída por la misma Cruz de casa de Lhardy, un pedazo de cabeza de jabalí trufada, la rechazó con sequedad, diciendo gravemente: «No puedo comerlo. Me huele á cebolla.

—¿A cebolla? Tú estás loco... ¡Tanto como te gusta!

—Me gusta, sí... pero apesta... No lo quiero.

Las dos hermanas se miraron consternadas. Por la noche repitióse la escena. Había traído también Cruz de casa de Lhardy unas salchichas muy sabrosas, que á Rafael le gustaban extraordinariamente. Resistióse á probarlas.

—Pero hijo...

—Apestan á cebolla.

—Vamos; no desvaríes.

—Es que me persigue el maldito olor de la cebolla... Vosotras mismas lo tenéis en las manos. Se os ha pegado de algo que llevais en el portamonedas, y que ha venido á casa no sé cómo.

—No quiero contestarte... Supones cosas indignas, Rafael, que no merecen ser tomadas en serio... No tienes derecho á ultrajar á tus pobres hermanas, que darían su vida mil veces por tí.

—Por el decoro de la familia os pido, no las vidas, sino algo que vale mucho menos.

—El decoro de la familia está en salvo...—replicó la mayor de las Aguilas con arranque viril.—¿Acaso eres tú el único depositario de nuestro honor, de nuestra dignidad?

—Voy creyendo que sí.

—Haces mal en creerlo—añadió la dama, con vibración grande del labio inferior.—Ya te pones pesadito, y un poco impertinente. Se te toleran tus genialidades; pero llega un punto, hijo, en que se necesita, para tolerarlas, mayor paciencia y mayor calma de las que yo tengo; y cuenta que las tengo en grado sumo... Basta ya, y demos por terminada esta cuestión. Yo lo quiero así, yo lo mando... lo mando, ¿oyes?

Calló el desdichado, y poco después las dos damas se vestían á toda prisa en su alcoba

para recibir á los amigos Torquemada y Donoso. Como Fidela lloriquease, revuelto aún su espíritu por la anterior borrasca, Cruz la reprendió con aspereza. «Basta de blanduras. Esto es ya demasiado tonto. Si nos achicamos, acabará por imponernos su locura. No, no: hay que mostrarle energía, y oponer á sus escrúpulos de señorito mimado, una resolución inquebrantable... Animo, ó se nos viene á tierra el andamiaje levantado con tanta dificultad.

IX

Fué preciso llevar á D. José Donoso como parlamentario. Fiadas en la autoridad del amigo de la casa, las dos hermanas le encerraron con Rafael, y aguardaron ansiosas el resultado de la conferencia, no menos grave para ellas que si se tratara de celebrar paces entre guerreras naciones enemigas. Estupendo fué el discurso de D. José, y no quedó argumento de agudo filo que no emplease con destreza de tirador diplomático... ¡Ah, no estaban los tiempos para mirar mucho á la desigualdad de los orígenes! Casos mil de tolerancia en punto á orígenes podía citar... Él, *Pepe* Donoso, era hijo de humildes labradores de tierra de Campos, y había casado con

Justita, de la familia ilustre de los Pipaones de Treviño, y sobrina carnal del conde de Villaociosa. Y en la propia extirpe de los Aguilas, ejemplos elocuentísimos podrían citarse. Su tía (de Rafael) su tía doña Bárbara de la Torre-Auñón, había casado con Sánchez Regúlez, cuyo padre dicen que fué fabricante de albardas en Sevilla. Y en último caso, ¡Señor! él debía someterse ciegamente á cuanto dispusiera su hermana Cruz, aquella mujer sin par, que luchaba heróicamente por salvarles á los tres de la miseria... Tocó el hábil negociador varios registros, atacándole ya por la ternura, ya por el miedo, y tan pronto empleaba el blando mimo como la amenaza rigurosa. Mas al fin, afónico de tanto perorar, y exhausto el entendimiento del horroroso consumo de ideas, hubo de retirarse del palenque sin conseguir nada. A su especiosa dialéctica contestaba el ciego con las afirmaciones ó negativas rotundas que le sugería su indomable terquedad, y cada cual se quedó con sus opiniones, el uno sin ganar un palmo de terreno, ni perderlo el otro, firme y dueño absoluto del campo en que bravamente se batía. Terminó Rafael su vigorosa jornada defensiva, asentando con fuertes palmetazos sobre el brazo del sillón y sobre su propio muslo que jamás, jamás, jamás transigiría

con aquel sabandijo infame que querían introducir estúpidamente en su honrada familia, y no se recató de emplear tintas muy negras en la breve pintura que del sujeto discutido hizo, sacando á relucir la ignominia de sus riquezas, amasadas con la sangre del pobre...

«Pero, hijo, si vamos á buscarle el pelo al huevo...! Tú estás en babia... Te cojo del suelo, y te vuelvo á poner en las pajitas del nido de que acabas de caerte... Sí, porque meterse á indagar de dónde viene la riqueza... es tontería mayúscula. Ven acá... ¿No andan por ahí muchos, que son senadores vitalicios, y hasta marqueses, con cada escudo que mete miedo? ¿Y quién se acuerda de que unos se redondearon vendiendo negros, otros absorbiendo con el chupón de la usura las fortunas desleídas? Tú no vives en la realidad. Si recobraras la vista, verías que el mundo ha marchado, y que te quedaste atrás, con las ideas de tu tiempo amojamadas en la mollera. Te figuras la sociedad conforme al criterio de tu infancia ó de tu adolescencia, informadas en el puro quijotismo, y no es eso, Señor, no es eso. Abre tus ojos; digo, los ojos no puedes abrirlos; abre de par en par tu espíritu á la tolerancia, á las transacciones que nos impone la realidad, y sin las cuales no

podríamos existir. Se vive de las ideas generales, no de las propias exclusivamente, y los que pretenden vivir de las propias exclusivamente, suelen dar con ellas y con sus cuerpos en un manicomio. He dicho.

Desconcertado, y sin ganas de proseguir batiéndose con enemigo tan bien guarnecido entre cuatro piedras, otras tantas ideas duras é inconmovibles, abandonó Donoso el campo, con las manos en la cabeza, como vulgarmente se dice. Era para él derrota ignominiosa el no haber triunfado de aquel mezquino sér, á quien en otras circunstancias y por otros motivos habría reducido con una palabra. Pero disimuló ante las dos hermanas el descalabro de su amor propio, tranquilizándolas con vagas expresiones... Adelante con los faroles, que si el joven no cedía por el momento, el tiempo y la lógica de los hechos le harían ceder... Y en último caso, Señor, ¿qué podría el testarudo aristócrata contra la firme voluntad de sus dos hermanas, que veían claro el campo entero de la vida y los caminos abiertos y por abrir? Nada, nada; valor y adelante; no era cosa de subordinar el bien de todos, *el bien colectivo*, á la genialidad mimosa del que no era en la casa más que un niño adorable. Finalmente: como á niño había que tratarle en aquellas graves circunstancias.

Cruz no tenía sosiego. Mientras presurosas arreglaban el comedor, poniendo en su sitio los diversos objetos rescatados y traídos por Bernardina de las casas de préstamos, acordaron suprimir, ó por lo menos aplazar, el convite á D. Francisco, pues bien podía suceder que surgiera en mitad del festín algún desagradable incidente. Y aquel mismo día, si no mienten las crónicas, recibió Fidela del bárbaro una carta que ambas hermanas leyeron y comentaron, encontrando en ella mejor gramática y estilo de lo que en buena lógica debía esperarse.

«No—dijo Cruz,—si de tonto no tiene nada.

—Puede que se la haya redactado algún amigo de más práctica que él en cosas de escritura.

—No; suya es: lo juraría. Esos *dilemas*, y esos *objetivos*, y esos *aspectos* de las cosas, lo mismo que las *bases*, *bajo* las cuales quiere fundar tu felicidad, obra son de su caletre. Pero no está mal la epístola. Pues anoche, hasta ingenioso estuvo el pobre. ¡Y cómo se va soltando, y qué rasgos de buen sentido y observación justa! Te aseguro que hay hombres infinitamente peores, y partidos que sólo ganan á éste en las mentirosas apariencias.

La casa iba perdiendo de hora en hora su

ambiente de miseria. Aparecieron colchas y cortinajes, que arrugados volvían de su larga prisión; ropas de uso, que ya resultaban anticuadas, por aquello de que cambian más pronto las modas que la fortuna; dejáronse ver los cubiertos de plata, por largo tiempo en lastimosa emigración, y vajillas y cristalería que incólumes volvían del largo cautiverio.

De todo se enteraba Rafael, conociendo la vuelta de la loza por el sonido, y la de la ropa por el tufo de alcanfor que al ser desdoblada despedía. Triste y caviloso presenciaba, si así puede decirse, la restauración de la casa, aquella vuelta á las prosperidades de antaño, ó á un bienestar que habría sido para él motivo de júbilo, si las causas del repentino cambio fueran otras. Pero lo que le llenaba el alma de amargura era no advertir en su hermana Fidela aquel abatimiento y consternación que él creía lógicos ante el horrendo sacrificio. ¡Incomprensible fenómeno! Fidela no parecía disgustada, ni siquiera inquieta, como si no se hubiese hecho cargo aún de la gravedad del suceso, antes temido que anunciado. Sin duda los seis años de miseria habíanla retrotraído á la infancia, dejándola incapaz de comprender ninguna cosa seria y de responsabilidad. Y de este modo se explicaba

Rafael su conducta, porque la sentía más que nunca tocada de ligereza infantil. En sus breves ratos de ocio, la señorita jugaba con las muñecas, haciendo tomar á su hermano participación en tan frívolo ejercicio, y las vestía y desnudaba, figurando llevarlas á visita, al baño, de paseo y á dormir; comía con ellas mil fruslerías extravagantes, en verdad más propias de mujeres de trapo que de personas vivas. Y cuando no jugaba, su conducta era de una extremada volubilidad; no hacía más que agitarse y correr de un lado para otro, echándose á reir por futiles motivos, ó excitándose á la risa sin motivo alguno. Esto indignaba al ciego, que, adorándola siempre, habríala querido más reflexiva ante las responsabilidades de la existencia, ante aquel atroz compromiso de casarse con un hombre á quien no amaba, ni amar podía.

La señorita del Aguila, en efecto, veía en su proyectado enlace tan sólo una obligación más, sobre las muchas que ya sobre ella pesaban, algo como el barrer los suelos, mondar las patatas y planchar las camisolas de su hermano. Y atenuaba lo triste de esta visión obscura del matrimonio, figurándose también el vivir sin ahogos, el poner un límite á las horrendas privaciones y á la vergüenza en que la familia se consumía.

X

Así lo comprendió Rafael con seguro instinto, y de ello le habló ingénuamente una tarde que se encontraron solos.

«Hermana querida, me estás matando con esa sonrisa inocente, de persona sin seso, que llevas al degolladero. Tú no sabes lo que haces, ni á dónde vas, ni la prueba terrible que te espera.

—Cruz, que sabe más que nosotros, me ha mandado que no me aflija. Creo que debemos obedecer ciegamente á nuestra hermana mayor, que es para nosotros padre y madre á un tiempo. Cuanto ella dispone, bien dispuesto está.

—¡Cuanto ella dispone! ¿Infalibilidad tenemos? ¿De modo que tú accedes...? Ya no hay esperanza. Te pierdo. Ya no tengo hermana... Pues pensar que yo he de vivir junto á tí, casada con ese hombre, es la mayor locura imaginable. Lo que más quiero en el mundo eres tú. En tí veo á nuestra madre, de quien ya no te acuerdas...

—Sí que me acuerdo.

—Ah! Cruz y tú, que conservais la vista, habéis perdido la memoria. En mí sí que vive fresco el recuerdo de nuestra casa...